

**V Jornadas de Sociología y
I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales
“Cambios y continuidades sociales y políticas en Argentina y la región en las
últimas décadas. Desafíos para el conocimiento social”
Universidad Nacional de la Plata
10, 11 y 12 de diciembre de 2008**

**Mesa J 36. Historia de la sociología y sus tradiciones intelectuales en Argentina y
América Latina**

Ponencia

**Cultura política y recuperación democrática, los sociólogos frente al desafío de la
construcción de un orden nuevo, el caso de Juan Carlos Portantiero.¹**

José María Casco (UBA)

Resumen.

El trabajo explora las coordenadas centrales que se encuentran en los argumentos que las ciencias sociales de principios de los años ochenta vertieron en forma de producciones académicas, ensayos e intervenciones públicas de tipo periodístico a propósito de la restauración democrática, localizándose en la problemática de la cultura política. Se presta atención a los modos en que cobran forma diferentes programas tanto académicos como culturales, en un marco de profundos cambios en la región en el nivel de la política y en las ciencias sociales de la época. Por último, el trabajo examina como se coloca esta problemática en la perspectiva de Juan Carlos Portantiero, sociólogo relevante de la época que analiza el trabajo y animador central del debate político cultural de la restauración democrática.

Introducción: Cultura política y reconstrucción democrática.

Estas breves reflexiones forman parte de un proyecto más amplio que busca indagar cuales fueron las preocupaciones intelectuales centrales de la sociología argentina en el marco de la recuperación de las instituciones democráticas en la década de 1980. Atendiendo tanto los cambios en las tradiciones intelectuales producidos desde 1970, en el contexto de la llamada “crisis de los grandes relatos”, como la forma que esas tradiciones influyeron en la sociología argentina, se plantea estudiar como el debate socio- político y la apertura democrática configuró el campo académico y profesional de la sociología en el país.

¹ Este trabajo es producto de la tesis doctoral que estoy escribiendo sobre trayectoria intelectual de Juan Carlos Portantiero en la Universidad Nacional de Quilmes, y forma parte de las preocupaciones del grupo de trabajo *Cultura, modernización y democracia*, que coordino en el marco del proyecto UBACYT (S425) sobre la institucionalización y la profesionalización de la sociología en Argentina. Agradezco a Diego Pereyra, director de ese proyecto, por sus sugerencias de incluir y/ o omitir párrafos, en un esfuerzo por establecer un texto más claro y coherente.

La Argentina, al igual que otros países latinoamericanos, sufrió importantes transformaciones político-sociales entre 1960 y 1980, transitando desde la radicalización política de ciertos sectores de la sociedad, la posterior instauración de regímenes dictatoriales, hasta el advenimiento de la democracia. Estos avatares involucraron, de manera concomitante, cambios en el campo cultural. Si en la década de 1960, en el campo académico-intelectual, el debate giraba en torno al tema de la revolución; en la década de 1980 éste se centró en el tema de la democracia. Dilucidar los diversos factores que incidieron en que esta transformación del debate intelectual fuera de esta manera y no de otra, es una tarea que contribuye a la realización de una historia del campo académico-intelectual.

En este sentido, el objetivo general de mis indagaciones y del trabajo grupal que coordino, es dar cuenta de las principales preocupaciones del debate del campo intelectual argentino suscitado en el contexto de la transición democrática; a través de una perspectiva de análisis que prioriza la indagación de los cambios en las relaciones del campo intelectual con el campo político y con el campo académico internacional. Asimismo, el análisis está sostenido en el supuesto de que en un contexto de fuerte debilidad de las instituciones universitarias argentinas, los canales de difusión, producción y circulación de ideas y saberes han tenido un desarrollo que involucra zonas más amplias que los clásicos canales universitarios. Por lo tanto, el estudio de las principales preocupaciones académico-intelectuales de los años ochenta implica la indagación de aquellos resortes que hicieron posible la producción y difusión de las mismas.

Más precisamente, me propongo abordar la obra y la trayectoria intelectual de Juan Carlos Portantiero, a partir de una reconstrucción histórica del conjunto de las preocupaciones intelectuales y políticas condensadas en forma de ensayos en sus intervenciones públicas y en sus investigaciones sociológicas, para dar cuenta de cuáles son los modos que adquieren las formulaciones interpretativas de una de las voces más significativas del campo cultural argentino.

El clima político e intelectual de la apertura democrática en Argentina durante aquellos años era sin duda de refundación. Puede decirse que ese clima inundó vastos espacios de la vida social. Así, en el ambiente intelectual, buena parte de aquellos que volvieron del exilio junto con otros que habían resistido a la dictadura desde un exilio interno y se incorporaron al mundo de la cultura desde una perspectiva que acompañaba

los nuevos aires de renovación del gobierno elegido en 1983, conformaron parte de un clima que se manifestó en una serie de producciones que apuntaban a que la refundación debería colocar su énfasis tanto en aspectos ligados a la ciudadanía como a la refundación del Estado.

En ese sentido, muchas de las miradas hacían foco en el tipo de cultura política que se expresaba en los movimientos mayoritarios, para fundar una nueva relación Estado-sociedad, como condición indispensable para una exitosa transición democrática. En esa dirección, este ensayo explora, a modo de *work in process*, los modos en que se manifestó en la producción académica y cultural esos aires de renovación a través del análisis de algunos trabajos de intelectuales relevantes de los años ochenta. Intenta ver allí el despliegue de las problemáticas que se colocan como centrales para la democracia recuperada. Indaga a su vez los obstáculos más relevantes para la transición democrática. La naturaleza del texto exime de la obligación de hacer una referencia detallada del total de las citas utilizadas. Se espera que el autor atento pueda identificar las fuentes implícitas del argumento. Una próxima revisión del artículo se ajustará a las normas académicas correctas.

El contexto de emergencia de una nueva problemática intelectual

Durante la última parte de los años sesenta y mediados de los años setenta, en el contexto de una escalada represiva, producto de la instalación de dictaduras militares, un gran contingente de políticos e intelectuales vinculados con el amplio abanico de la izquierda latinoamericana marchan al exilio. México, uno de los centros neurálgicos de ese proceso, alberga a exilados proveniente no sólo de Argentina sino también de otros países de Sudamérica como Chile, Uruguay, Colombia y Brasil, al tiempo que se convirtió en un importante centro de operaciones de la resistencia a las dictaduras. En efecto, un extenso espectro de militantes de diversas extracciones, durante aquellos años convirtieron al exilio en un centro de agitación en contra de los regimenes militares a través de una amplia difusión de las operaciones terroristas de las dictaduras de la región.

Asimismo, ese vasto núcleo de emigrados trasladó, desde sus países de origen, las preocupaciones políticas e intelectuales que les imponía el contexto, impregnadas de una creciente sensación de derrota ante el brutal retroceso sufrido por el amplio arco de los proyectos políticos contestatarios. El historiador peruano Aníbal Quijano, algunos

años después, en una mirada retrospectiva sobre aquel periodo, resumía de manera contundente el sentimiento de fracaso atribuido a los sucesos que derivaron en el exilio intelectual.

Esta impresión colocó a la reflexión de los intelectuales exiliados en una estructura donde la perplejidad y el desconcierto marcaron en muchos casos el tono de las intervenciones de la época. La sensación de culpa cobró fuerza entre muchos de esos protagonistas y condujo a un examen autocrítico de las posiciones -tanto teóricas como políticas- asumidas durante los años sesenta, cuestionando severamente los enfoques teóricos y políticos que habían tomado forma alrededor del espectro organizado bajo la llamada “Nueva Izquierda”. Así, tomó cuerpo de manera progresiva la imagen de una salida democrática como solución frente a las dictaduras militares. Alrededor de esa imagen, la defensa del derecho a la vida, por el que batallaron los organismos de derechos humanos, el derecho a la libertad de expresión y de organización política, se articularon como nudos centrales para un futuro programa de recomposición política, ocupando el centro de los debates tanto en el campo político como intelectual. Este desplazamiento abrió, asimismo, el camino a la incorporación de nuevas configuraciones teóricas que contribuyeran a la construcción de un régimen democrático futuro, al tiempo que se creaban las bases de un nuevo escenario intelectual.

En la caracterización que de este nuevo escenario hace Norbert Lechner (1986), aparecen, cuatro factores centrales. En primer lugar, este autor resalta el modo en que la alteración violenta de la vida cotidiana sufrida bajo los regímenes represivos fomentó “*una apreciación diferente de los procesos democráticos formales*”. Ello permitió la entrada de las nociones de libertad individual, libertad de expresión y libre circulación de las ideas como elementos centrales de la agenda política y de investigación. De este modo, alrededor de las antinomias democracia/ dictadura, las ideas fuerzas del liberalismo político que privilegian una noción integral de libertad ganaron un fuerte consenso. En segundo lugar, Lechner destaca la “*circulación internacional de los intelectuales*” favorecida por la importancia que adquirió el trabajo en centros privados de investigación, como CLACSO, que promovió junto a otras instituciones la realización de una multiplicidad de seminarios, encuentros y grupos de trabajo de carácter regional que, conformados desde mediados de los setenta, tuvieron a la problemática de la democracia como eje articulador de las reflexiones y discusiones.

Un tercer factor de relevancia fue “*la creciente profesionalización académica de los intelectuales*”, producto, en gran medida, de esa entrada de los intelectuales en

instituciones privadas. Este hecho acentuó los procesos de especialización y formalización del trabajo académico, propiciando una creciente autonomía del campo académico y de sus intelectuales respecto del mundo político, en particular respecto del ideario de la “Nueva Izquierda”. Así, el debate en muchos casos tomó distancia de las reflexiones estrictamente políticas que llevaban adelante muchas organizaciones partidarias y posibilitó un diálogo más estrecho con el mundo cultural central en un intercambio que dio a lugar a lo que Lechner llamó *una internacional de intelectuales*. A ello se habría sumado un cuarto factor, complementario de los anteriores consistente en un proceso de “*apertura intelectual*”, expresado en el hecho de que la revisión de los supuestos teóricos en que se basaba la identidad de izquierda, a partir del abandono de la fe revolucionaria, supuso una confrontación y diálogo con corrientes y autores antes desestimados. Contribuyó a ello que México se constituyera, para dicha época, en una puerta de entrada a un mercado editorial de libros, revistas, papeles de investigación, y seminarios internacionales, de gran amplitud producto de un auge de su mundo cultural, que favoreció el intercambio con zonas del mundo intelectual central (Europa y EEUU) y el contacto con nuevas problemáticas de una manera inédita.

A estos factores señalados por Lechner, debemos agregar, por último, la necesidad que les fue planteada a los intelectuales exiliados de asumir los desafíos que los proyectos políticos de los autoritarismos habían impuesto desde mediados de los años setenta. En efecto, los programas económicos de las dictaduras significaban un fuerte proceso de reconversión económica y social (donde el caso emblemático es el de Chile que, comandado por el general Pinochet, fue considerado como el primer experimento neoliberal en la región) que obligaba a tener en cuenta las nuevas condiciones de cada uno de los países y a concentrar la atención en pensar un proyecto alternativo a las teorías neoconservadoras y a la concepción democrática de los teóricos de la derecha que esas dictaduras habilitaban, en un contexto de crisis no sólo de los proyectos revolucionarios, sino también de las versiones nacionales del Estado de Bienestar (los llamados “Estados Sociales”) que se habían desarrollado en la región. En ese marco de profundas transformaciones para el desarrollo de las actividades del ambiente intelectual, otro elemento que iba a mostrarse de gran significación para el desarrollo futuro, asomaba del otro lado del atlántico.

El fin y el comienzo de la izquierda.

Para una amplia franja de intelectuales de posiciones de izquierda, que entraron en escena en la democracia recuperada de los años ochenta y que animaron el campo político y cultural, la vía revolucionaria y el camino al socialismo estaba, desde mediados de los años setenta, agotado. En efecto, tanto para muchos intelectuales progresistas que se quedaron en el país, como para aquellos que debieron marchar al exilio, el golpe de Estado de 1976, con todas sus secuelas, significó el fin de las utopías políticas revolucionarias y el fin de todos los proyectos trascendentes de sociedad. Así, el campo intelectual de los años ochenta tenía, en sus rasgos más generales, diversas zonas del campo ideológico que colocaban a la democracia liberal como el valor político supremo a alcanzar y defender.

Así, el sistema democrático se colocaba ahora como un límite infranqueable para pensar todo proyecto de futuro. En ese sentido, muchos de los temas que se constituyeron como centrales en el debate de la época, estuvieron relacionados con las condiciones sociales, económicas, y políticas que posibilitaba y obstaculizaban la consolidación de la democracia. En el nivel de los obstáculos, las formas políticas en que se habían resuelto en el pasado los conflictos entre el Estado y la sociedad, eran el centro de las preocupaciones de muchos intelectuales. Y este no era un tema menor, debido a que en muchas evaluaciones esas formas políticas de resolver los conflictos habían conducido al desastre de 1976.

En efecto, las consideraciones iban desde atribuciones menores hasta extremos donde las tradiciones políticas eran la causa principal del desastre, así, Oscar Terán (2006) afirmaba sobre la tradición marxista “Una doctrina con elementos libertarios y antiestatalista debería explicar porqué ha terminado por constituirse en la aureola ideológica de regimenes autocráticos; de qué modo las promesas que anunciaban el fin de la prehistoria han podido reforzar la historia de crímenes y tormentos de un siglo que no ha carecido precisamente de horrores(...)”.

Esa crítica a la doctrina marxista se colocaba enlazada con los hechos ocurridos en los años setenta entre nosotros debido a que “Tanto las versiones peronistas como de izquierda, tanto las estrategias insurreccionalistas como guerrilleras, tanto el obrerismo clasista, como el purismo armado, estuvieron fuertemente animados de pulsiones jacobinas y autoritarias que se tradujeron en el desconocimiento de la democracia como

un valor sustantivo y en una escisión riesgosa entre la política y la moral. El mito de una revolución que reveló estar más en nuestras agendas imaginarias que en las de la sociedad argentina se articuló con el despotismo militar para producir así un resultado catastrófico (...)” (Terán: 2006: 49) Esas evaluaciones no hacían otra cosa que marcan el nuevo rumbo que se debía imprimir a la política y el pensamiento si se quería resarcir de alguna manera la pesadilla a la que se había arribado en 1976.

Para ello, era inevitable según su evaluación terminar con toda la cultura política anterior y allí es donde radicaba su idea de refundación. Ciertamente, Terán ponía las cosas en un polo extremo en su diagnóstico, pero no podría decirse que esas evaluaciones no estaban en la atmósfera de esa época en buena parte del campo intelectual. En efecto, podría decirse que en esos años se estaba frente a dos grandes perspectivas acerca de la cultura política que debía reformularse, de un lado, aquellos que como Terán reenviaban la crítica hacia las agrupaciones políticas que habían actuado en los convulsionados años sesenta y setenta, del otro, los que apuntaban su crítica hacia la sociedad civil.

El debate europeo sobre la crisis del marxismo

Esa autocrítica y la búsqueda de una salida a la encerrona que suponía la dictadura encontró, de un modo concomitante, un clima de ideas en proceso de cambio en el campo político e intelectual de izquierda de los países latinos de Europa (Francia, Italia y España), que tuvo como eje la revisión del desempeño de las experiencias históricas del socialismo y de la teoría marxista que le daba sustento. En efecto, en un movimiento de largo alcance que cristaliza con fuerza a mediados de los años setenta, amplias franjas de intelectuales emprendieron la tarea de examinar el cuerpo teórico del marxismo, comenzando por el propio Marx, pasando por Engels, Lenin y todos los autores enrolados en la tradición de la II y III Internacional. La experiencia del estalinismo y sus repercusiones coronaron el proceso de crítica al régimen soviético que se venía sosteniendo hasta ese momento de modo ambiguo.

El examen de estos autores tuvo como objetivo principal, según se señalaba, confrontar a la luz del desarrollo histórico el canon del marxismo, permitiendo encontrar los argumentos sobre la política en el marco de un programa de relanzamiento de la izquierda europea en los años setenta. En términos generales, ese examen concluyó en ese vasto corpus no había elementos de una teoría consistente de la política

y del Estado, sino que, por el contrario, el análisis del modo de producción capitalista era el objeto central de la indagación, agotándose allí los temas nodales del marxismo. Cuando ese análisis se abocó a la obra de Marx, fue Norberto Bobbio quien desató una polémica con otros intelectuales al expresar, de modo contundente, la ausencia de una teoría de la política en ese cuerpo teórico. Respecto de Lenin, erigido en el exponente central del socialismo desde los primeros años del siglo XX, el resultado no fue mejor. No se encontraba en su obra una indagación fructífera sobre las funciones y el desempeño del Estado capitalista. Esta interpretación se reforzaba por el hecho de que lo se había proyectado, en las pocas referencias que se encontraban en los autores clásicos, como un Estado de transición hacia el socialismo, a principios de los años setenta, lejos de extinguirse, se había erigido en un gigante burocrático con gran presencia en la sociedad, tanto en las sociedades capitalistas como las socialistas.

A partir de este trabajo de revisión teórica, que fue apoyado por varias fundaciones europeas, una serie de intelectuales (por Ej., Cristine Buci Glucksmann, Giacomo Marramao, Gianfranco Poggi y Lucio Coletti, junto con el mencionado Bobbio) comenzaron a sostener que eran otras las referencias teóricas, y no el marxismo, las que podrían alumbrar la reflexión y ayudar a una ofensiva política para relanzar a la izquierda al centro de la escena política europea. Se organizaba, así, una izquierda intelectual que pregonaba una tercera vía, asumiendo la vía democrática y parlamentaria como estrategia política, y que encontraba su forma política en la propuesta del Eurocomunismo que expresaba la convergencia programática de los partidos comunistas de Francia, España e Italia.

Un aspecto significativo de esta reformulación teórica para pensar la política fue la importancia que cobró la obra de Max Weber, hecho que hizo posible el redescubrimiento de su obra política. Fue Gianfranco Poggi, en ese sentido, quien, en dos obras; *El desarrollo del Estado Moderno* (1978) y *Encuentro con Max Weber* (1979) resumió ese encuentro entre el socialismo europeo y el pensador alemán. En la segunda de estas obras mencionadas, Poggi (1978:16), afirmaba que la tendencia de muchos marxistas de considerar “las estructuras políticas sólo desde el punto de vista de la “crítica de la economía política” tuvo algunas desafortunadas consecuencias pragmáticas para los movimientos políticos que recurren a Marx como su principal inspiración”.

Como sea, el marxismo también tuvo un lugar en esa indagación renovadora a través de la revalorización de la obra de Antonio Gramsci quien, a partir de sus lecturas

de Max Weber a principios de los años veinte, había elaborado buena parte de sus escritos tempranos (Portantiero, 1981) El concepto de hegemonía, según se afirmaba, ayudaba a pensar la articulación entre Estado y sociedad civil, al tiempo que superaba el dualismo estructura–superestructura, visualizado como idea predominante de un marxismo ortodoxo y economicista. Así, ese Gramsci, que había confrontado sus reflexiones desde el marxismo con los más salientes pensadores burgueses de su tiempo, indicaba el camino para una salida definitiva del marxismo soviético, que no era otro que el de incorporar a otras zonas del pensamiento para madurar la política del socialismo.

La democracia como oportunidad y como problema

Cuando a mediados de 1979 un grupo de exiliados argentinos de extracción socialista y peronista fundan en México la revista *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*, la problemática de la crisis del marxismo que colonizaba el debate europeo se coloca en un lugar central en dicha publicación. En efecto, en su primer número, con una presentación a cargo de José Aricó en la que, además de introducir el tema, ajustaba cuentas con el socialismo revolucionario, se incluye un artículo de los españoles Paramio y Reverte (1979): “La crisis del marxismo. Razones para una contraofensiva”. En él los autores prescribían la necesidad de un abandono definitivo tanto de la estrategia revolucionaria como de la adhesión al bloque soviético con argumentos similares a los que sostenían los italianos que animaron el debate arriba señalado. Al mismo tiempo, sostenían que la crisis por la que atravesaba el socialismo no alcanzaba a su ala reformista y hacían explícito su apoyo a una salida parlamentaria como estrategia para volver a ocupar el centro de la escena política por parte de la izquierda. Ese primer impulso al debate europeo de la izquierda, desde su primer número, mostraba la colocación política del contingente argentino que animaba la revista.

En un número posterior, Juan Carlos Portantiero presentaba una entrevista realizada a Buci-Glucksmann, enfatizando la importancia de conversar con esta militante comunista que se había enrolado en el eurocomunismo en los años setenta, “*a fin de tratar de extraer, para un discurso latinoamericano aún en construcción, elementos de la rica experiencia contemporánea europea*”. Allí la entrevistada definía al eurocomunismo en términos políticos “*como el rechazo a aspectos del modelo soviético y como el punto de convergencia entre algunos partidos que intentan*

desarrollar una vía democrática y plural hacia el socialismo, en el cuadro de un estado parlamentario transformado, con frentes democráticos amplios y con un proyecto de democracia económica desarrollada”.

En términos ideológicos o teóricos –sostenía- el eurocomunismo representaba la puesta en crisis del “*marxismo de la III internacional*”, concentrando el debate “*en la discusión de alguna de las tesis fundamentales de Lenin sobre el Estado y sobre la revolución (...)*” de manera que “*la polémica desemboca rápidamente en la investigación sobre el lugar de la democracia dentro del estatuto de la teoría política marxista*”. Afirmaba, asimismo, que en el plano de la producción intelectual estas posiciones encontraban expresión “*en un ala del comunismo italiano (Ingrao, Vacca, De Giovanni, Marramao, etc.), en algunos aspectos de la obra de Claudinn y en los últimos libros de Poulantzas*”. (*Controversia*, 1979:18)

Esta centralidad acordada a la recepción y difusión de las nuevas perspectivas desarrolladas en el campo socialista europeo, también se expresó en la edición de una nueva serie de los *Cuadernos de Pasado y Presente* bajo la dirección de José Aricó. En Efecto, dicho emprendimiento editorial se constituyó en uno de los canales privilegiados de propagación del debate del marxismo llevado adelante en el viejo continente. Entre los más de 80 títulos que presentó la serie de los *Cuadernos...*, muchos estuvieron dedicados a estas discusiones, revelando cómo la problemática fue un punto privilegiado del debate intelectual del momento para esa fracción del socialismo argentino.

Bajo estas nuevas construcciones teóricas, los socialistas agrupados en *Controversia* intentaron colocarse como el polo modernizador de izquierda que buscaba renovar al socialismo argentino. A lo largo de los 14 números de la revista, muchos artículos de diferentes autores de esta extracción se dieron a la tarea de fundamentar una convergencia entre socialismo y democracia, colocando a última esta como un elemento central para la política futura que debía ser recuperada por la tradición de la izquierda. En esa apuesta intelectual y política renovadora, la obra de Max Weber fue revisitada y adquirió un lugar de privilegio en las nuevas investigaciones. El encuentro con el pensador alemán, en efecto, se coronó en 1980 cuando la editorial Folios, bajo la supervisión de José Aricó, editó en dos volúmenes una selección de sus *Escritos Políticos*, poniendo a disposición del público de habla hispana ese material hasta entonces inédito. En la presentación a esos volúmenes Aricó, además de dar cuenta de las dificultades y los alcances limitados que presentaba esa edición debido a que no se

había hecho hasta el momento un trabajo crítico de su obra, resaltaba que confiaba en que la edición pueda cubrir una ausencia que se sentía fuertemente en el medio intelectual de habla hispana de “un pensamiento de sorprendente actualidad para la interpretación de la crisis de las sociedades modernas” (1980:9)

De este modo, adhiriendo a los diagnósticos de los intelectuales europeos que decretaban la crisis del marxismo y denotando la ausencia de una teoría de la política y del Estado, Portantiero afirmaba haber encontrado en Weber algunas claves para una reconsideración de la historia Argentina y latinoamericana. En este sentido, valoraba especialmente su aporte a una teoría del Estado, nacida de una “*reflexión sobre esa revolución desde arriba (la construcción de la nación alemana)*” que habría de “*contribuir a alejarlo de concepciones teóricas calificadas como socio céntricas – marxismo, liberalismo- y, de alguna manera, a invertir ese esquema, pero no para fundar una metafísica del Estado sino una sociología de éste*”. Esta sociología del Estado, que podría suturar su ausencia en la teoría marxista, se constituía en una herramienta indispensable según la interpretación de Portantiero: “*En este plano es donde el pensamiento weberiano se torna más sugerente para enfocar los procesos de construcción de la sociedad civil y el Estado en América Latina, genéricamente caracterizables por la ‘producción’ de la primera por el segundo, en el cuadro de un tipo de desarrollo capitalista no sólo ‘tardío’ sino también ‘dependiente’*”.

Un año antes de la reseña señalada y formando parte de una serie de ensayos que integrarían su libro *Los usos de Gramsci*, Portantiero, en un texto que pretende dar cuenta de la importancia del pensador italiano en el debate de su época, coloca a Weber como un lucido pensador político que se da a la tarea de pensar la reconstrucción del capitalismo pos primera guerra mundial. Allí, nuestro autor destaca que lo que Weber se va a proponer es construir un esquema institucional, más específicamente “*la reconstrucción en sentido estricto de un sistema político, sostenido sobre un pacto estatal en el que puedan equilibrarse la burocracia (civil y militar), los partidos políticos, los grupos de interés y la institución presidencial (...)*” (1999,15) eso y no otra cosa, es lo que la intelectualidad de izquierda, ahora democrática, debía ayudar construir. En efecto, luego de la larga noche de la dictadura y una vez consumado el ajuste de cuentas con el socialismo revolucionario, buena parte de la izquierda intelectual en general y Portantiero en particular, van a emprender la tarea de indagar las posibles condiciones socio históricas que hagan viable un pacto democrático. Allí, es donde cobra sentido la afirmación de Aricó acerca de la actualidad del pensador alemán.

Por otra parte, Weber no sólo podía contribuir a pensar las formas de relación entre Estado y sociedad entre nosotros en una futura democracia, sino aún más, sus reflexiones colocaba algunas claves para entender los modos en que se había conformado la cultura política y de forma extensa, la forma de organización social y los modos en que se resolvían los conflictos a lo largo de nuestra historia. Así, en un ensayo de mediados de los años noventa Portantiero analizaba la cultura cívica latinoamericana, buceando en los valores que en un proceso de largo alcance sostenían la cultura política predominantes.

Bajo la afirmación de que la democracia había sido el anhelo, pocas veces alcanzado, que guiaba las sagas políticas desde la independencia, Portantiero afirmaba que los obstáculos había que buscarlos en el tipo de tradiciones políticas y la forma de organización social que la conquista europea promovió como patrón político cultural entre nosotros. A diferencia de los Estados Unidos, donde el igualitarismo social y el Estado liberal convergieron, en los países con fuerte tradición ibérica la democracia se vio enredada frente al caudillismo y el centralismo autoritario. Esta tradición no incorporaba los temas del liberalismo individualista, sino que su discurso se sostenía sobre otros valores, los que pregonaba una tradición llamada “populista” centrada sobre una antigua reflexión católica sobre el bien común. Así, aparece entre nosotros una visión orgánica de la sociedad por la cual la noción de comunidad desplaza a la de individuo. Los orígenes de la democracia latinoamericana colocaron, así, sus características fundamentales en desmedro del liberalismo creando una cultura política radicalmente diferente del modelo liberal democrático. Esto vino a combinarse con un tipo de organización social y política que finalmente, la reforzó, el patrimonialismo. Que a diferencia de los modos feudales de organización centraliza y refuerza el poder. *“Esa tradición centralista y personalista habría de perdurar con el tiempo hasta desembocar en el presidencialismo de las constituciones republicanas latinoamericanas (...)”* (Portantiero, 2000: 62-63).

A partir de esas bases en América Latina la relación entre democracia y liberalismo fue obstaculizada (no pudiendo fusionarse como en el modelo clásico) por las formas patrimonialistas del poder y la noción populista de la autoridad, dando lugar a una cultura política más “estado céntrica” que “socio céntrica”. (Op. Cit: 64). Ese diagnóstico colocaba un elemento más a la crítica que desde mediados de los años setenta Portantiero junto a un grupo más numeroso venían realizando sobre la cultura política anterior que habían sostenido. Eran estas matrices las que había que transformar

para consolidar una democracia sobre bases nuevas y estables. En efecto, no solo era necesario cambiar el patrón de la cultura política, también, de acuerdo a su diagnóstico se estaba frente a el agotamiento y *“la decadencia irremediable de un tipo de capitalismo asistido, prebendalista, que continuaba con la antigua tradición patrimonialista del Estado latinoamericano”* (Op. Cit: 25) Estos eran los nudos centrales de las dificultades que tenía el país para poder construir una democracia moderna y eficiente, que saldara la crónica inestabilidad política que desde siempre lo había aquejado.

Estas reflexiones terminan aquí, pero hay muchos temas pendientes para explorar. Uno que parece principal es el problema del papel de la autonomía estatal en el diagnóstico y el debate de este grupo de intelectuales, ya sea su caracterización como rehén de los grupos de intereses, como expresión de la dominación de clase, como motor del desarrollo, o árbitro de los conflictos sociales. Cualquiera fuera esa clasificación, desde diferentes espacios académicos y culturales se situó al estado como un eje principal de las preocupaciones sociopolíticas, por lo que los intelectuales argentinos se vieron presionados a pensarlo en términos de problema político y social, especialmente cuando el estado atravesaba, durante el período considerado, una serie de transformaciones y se disponía a romper el empate hegemónico dentro de la sociedad argentina. Reiterando la provisionalidad de estas notas, se reclama la necesidad que próximas indagaciones (propias y ajenas) permitan mejorar estas ideas.